

ALEAGUARA

# Péter Gárdos

## Fiebre al amanecer

Narrativa Internacional Traducción de Andrés Cienfuegos Gómez y Judit Faller Leitold



Péter  
Gárdos

Fiebre al amanecer

Traducción del húngaro de Andrés Cienfuegos  
y Judit Faller

ALFAGUARA  


SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

Tú no puedes saber aún, pequeño mío, qué causó estos profundos surcos en la frente de esta tierra; cuando contemplas, aquí en el norte, ese avión que se sumerge en un oasis de estrellas.

MIKLÓS GÁRDOS, «A un niño sueco»

## 1.

Mi padre entró en la bahía de Suecia un día de verano en el que amenazaba lluvia.

La guerra había terminado hacía apenas tres semanas.

Soplaba un furioso viento del norte y el barco cabeceaba hacia Estocolmo entre olas de dos y tres metros en pleno mar Báltico. A mi padre lo habían ubicado en la cubierta inferior. La gente, echada sobre jergones, intentaba, desesperada, aferrarse a todo lo que podía en medio de aquel terrible balanceo.

No había pasado ni una hora desde que el barco zarpara cuando mi padre enfermó. Primero tuvo un acceso de tos acompañado de esputos de sangre, y se volvió hacia un lado; entonces la estridencia de su respiración se hizo tan fuerte que casi ahogaba el sonido del embate de las olas al chocar contra el barco. Como aparentaba ser un caso grave, permanecía tendido en la primera fila, junto a la puerta batiente. Fue entonces cuando dos tripulantes alzaron en volandas su cuerpo de pajarito y lo llevaron al camarote contiguo.

El médico no dudó. No era momento para perder el tiempo con analgésicos. Le clavó la aguja de una enorme jeringa en la caja torácica entre dos costillas. Fue cuestión de suerte el que la aguja acertara en el lugar adecuado. Mientras el médico extraía casi medio litro de líquido de su tórax, llegó el aparato para la extracción. Cambiaron la jeringa por unos tubitos de plástico y le succionaron rápidamente otro litro y medio de mucosidad del pecho.

Mi padre mejoró.

El capitán, a quien informaron de la milagrosa salvación de aquel hombre, le dispensó un trato especial por su gra-

ve enfermedad. Mandó que lo envolvieran en una gruesa manta y que lo acomodaran en cubierta. Sobre el agua gris granito se acumulaban hinchidas las nubes. El capitán se erguía, con su impecable uniforme, junto a la tumbona de mi padre:

—¿Habla alemán, señor?

Mi padre asintió con la cabeza.

—Le felicito, se ha salvado.

En otras circunstancias podría haber pronunciado un discurso ejemplar. Como su estado no favorecía una conversación entre caballeros, mi padre solo fue capaz de mostrar su deseo de colaborar:

—Estoy vivo.

El capitán lo observó. Piel de color ceniza estirada sobre el cráneo, pupilas agrandadas por la distorsión de las lentes de las gafas y, en la cavidad de la boca, una oquedad muy oscura. Apenas tenía ya dientes propios. Qué había pasado exactamente, no lo sé. Puede que tres descomunales esbirros le hubieran dado una brutal paliza a un tipo escuálido en un tétrico sótano militar de cuyo techo tan solo colgaba una bombilla. Puede que uno de los matones que le zurraban agarrara una plancha y golpeará con ella varias veces la cara de aquel preso con el tórax hundido, mi padre. Según la escueta versión oficial, la mayor parte de los dientes se los habían arrancado en el presidio del bulevar Margit en 1944.

Pero, aquí y ahora, era cierto, estaba vivo, respiraba, aunque con silbidos, y sus pulmones absorbían ávidos el aire fresco y salobre del mar.

El capitán echó una ojeada a través de sus prismáticos:

—Atracaremos en Malmö durante unos cinco minutos.

A mi padre aquello le resultaba indiferente. Él era uno de los doscientos veinticuatro enfermos en estado crítico que transportaban de Lübeck a Estocolmo. Algunos se habrían alegrado solo con que el capitán les hubiera dado garantías de que iban a llegar a su destino. ¿Qué podían importarles a aquellos desahuciados esos minutos del desvío a Malmö?

Pero el capitán, como si diera parte a una autoridad superior, prosiguió:

—Me comunicaron la instrucción por radio. Esta parada no figuraba en mi ruta.

La sirena del barco gimió. Tras la bruma aparecieron las dársenas del puerto de Malmö. Sobre la cabeza de mi padre revoloteaban las gaviotas.

Atracaron en un extremo del muelle. Dos marineros saltaron a tierra firme y echaron a correr por la escollera hacia el puerto. En las manos llevaban una cesta vacía con asas como las que, según recordaba él, utilizaban las ariscas lavanderas cuando acarreaban la ropa recién lavada hasta el desván.

La entrada al muelle se encontraba cerrada por un paso a nivel; un grupo de mujeres aguardaba detrás con sus bicicletas. Eran cerca de cincuenta. Un conjunto mudo e inmóvil. Muchas de ellas, con un pañuelo negro en la cabeza, esperaban al lado de la bicicleta agarrando con fuerza el manillar. Como cuervos apiñados sobre la rama de un árbol.

Los dos marineros llegaron hasta el paso a nivel. Solo entonces él advirtió que del manillar de las bicicletas colgaban pequeños paquetes y canastos. El capitán le rodeó los hombros con su brazo.

—Es obra del empecinamiento de un rabino. Ha anunciado en los periódicos matutinos que ustedes venían en este barco. Y ha logrado que atracáramos.

En unos instantes las mujeres depositaron sus paquetes en la cesta. Una de ellas, que se hallaba un poco más atrás, soltó el manillar y la bicicleta cayó. Desde el barco mi padre escuchó su resonar metálico al chocar contra los adoquines, aunque desde tanta distancia resultara de todo punto imposible. Tiempo después evocaría a menudo la escena sin omitir nunca el ruido del golpe.

Cuando terminaron de recoger todo, los marineros volvieron corriendo al barco. En la mente de mi padre quedó fijada la escena: un muelle vacío e irreal, los marineros car-

gando con las cestas, y detrás, cerrando filas, un extraño ejército de mujeres inmóviles junto a sus bicicletas.

Los pequeños paquetes contenían pasteles horneados por suecas anónimas, conmovidas por la llegada de aquellos desarraigados a Suecia. Mientras daba vueltas a la masa tierna que se deshacía en su boca desdentada, mi padre distinguió el sabor de la frambuesa y la vainilla.

—Suecia les da la bienvenida —dijo entre dientes el capitán mientras se marchaba para dar órdenes, pues el barco comenzaba ya a alejarse de la costa.

Mi padre saboreaba el pastel. Un biplano entre las nubes describió dos círculos sobre sus cabezas para homenajearles. Poco a poco, comenzaba a sentir que realmente estaba vivo.

\*

El 7 de julio de 1945 mi padre ya guardaba cama en el hospital de un pueblecito llamado Lärbro, en la provincia de Gotland, en una sala para dieciséis personas, y, con la espalda apoyada contra la almohada, escribía una carta. La luz del sol penetraba con sus rayos dorados a través de la ventana. Entre las camas serpenteaban enfermeras con blusas almidonadas que crujían y cofias blancas, y largas faldas que arrastraban por el suelo.

La caligrafía de mi padre era bellísima: letras cinceladas, trazos elegantes, intersticios de ánimo entre las palabras. Al terminar la carta buscó un sobre, lo cerró y lo apoyó contra una jarra de agua vacía que había sobre la mesilla de noche. Dos horas después una enfermera llamada Katrin lo echaba al correo junto a las cartas de otros enfermos.

Por aquel entonces apenas podía levantarse de la cama. Pero, once días después de escribir la carta, ya se le permitía salir de la habitación y sentarse en un banco en el pasillo del hospital de Lärbro. En las hojas cuadriculadas de un cuaderno que había conseguido sabe quién cómo, fue apuntando los nombres de la lista que esa misma mañana



había recibido en una carta directamente remitida por las oficinas del Registro para los Refugiados en Suecia. Aquella misiva contenía ciento diecisiete nombres y direcciones de mujeres. Mi padre tenía en la mano la dirección postal de ciento diecisiete jóvenes a las que, por toda Suecia, se intentaba insuflar algo de vida en las distintas barracas hospitalarias.

Por esas fechas empezaba ya a recuperarse del dramático diagnóstico que había recibido unos días antes.

\*

Pegado a la cara interior del aparato de Rayos X, mi padre procuró no moverse. El señor Lindholm le gritaba desde el cuarto de al lado. El médico jefe era una figura de dos metros que parecía escurrirse por el corbatín, y su manera de expresarse en húngaro resultaba divertida. Prácticamente no diferenciaba las vocales largas, las pronunciaba todas como si estuviera inflando un globo. Llevaba doce años dirigiendo el hospital de Lärbro, y chapurreaba aquel húngaro tan ingenioso gracias a su esposa, Márta, una señora de estatura desconcertantemente pequeña —mi padre aseguraba que no sobrepasaba el metro cuarenta— que también trabajaba en Lärbro de enfermera.

—¡Contener el aire! ¡No menearse!

Chasquidos, chirridos; la radiografía terminó. Mi padre pudo relajar los hombros.

Lindholm ya se encontraba a su lado. Lo miró, no a él, sino un poco por encima de la cabeza, compadeciéndolo. Mi padre permaneció de pie, con su cavidad torácica consumida y medio desnudo, al lado del equipo de Rayos X, como si no quisiera volver a vestirse. Sus gafas, del grosor del vidrio de un sifón, estaban un poco empañadas.

—¿Cuál es su profesión, Miklós?

—Era periodista. Y poeta.

—¡Ah! Un ingeniero de almas. Bonito.

Mi padre trasladó el peso del cuerpo de un pie al otro.

Tenía frío.

—Pero, vístase, ¿qué hace ahí parado?

Arrastró los pies, fue hasta un rincón de la sala y se puso la chaqueta del pijama.

—¿Algo va mal? —preguntó al médico.

Tampoco ahora Lindholm lo miró. Se dirigió a su despacho, le hizo una señal para que lo siguiera y solo entonces, mientras caminaban, y como si no le diera ninguna importancia, musitó:

—Sí.

El despacho del médico daba al jardín. En las tardes caurosas de mediados de verano, la isla de Gotland resplandecía bajo una luz cobriza que inundaba el paisaje con insospechada insistencia. El marrón oscuro de los muebles irradiaba intimidad y firmeza.

Mi padre estaba sentado en pijama en un sillón de cuero. Frente a él, al otro lado del escritorio, se encontraba el doctor Lindholm, ahora ya en mangas de camisa. Revolvía los resultados médicos con preocupación. Encendió la lámpara de mesa, con su tulipa verde mar, aunque no les hiciera ninguna falta:

—¿Cuántos kilos pesa usted ahora, Miklós?

—Cuarenta y siete.

—Bien, esto va sobre ruedas.

La drástica dieta reconstituyente había hecho que su peso aumentara de veintinueve kilos a cuarenta y siete. Él seguía abotonándose y desabotonándose la chaqueta del pijama. Era demasiado grande y le quedaba muy holgada.

—¿Qué fiebre tenía al amanecer?

—Treinta y ocho con dos.

Lindholm dejó caer sobre la mesa los resultados:

—No sigo dando un rodeo. ¿Es así como se dice? Está ya lo bastante fuerte para afrontar los hechos.

Mi padre sonreía. Prácticamente todos sus dientes eran de *vipla*, una aleación metálica resistente a los ácidos, pero fea y barata. El día después de su llegada a Lärbro, fue a verlo un dentista que le tomó medidas y selló los moldes. Le advirtió que le pondría una dentadura provisional que

sería más práctica que estética. Luego, en un santiamén, colocó aquella estructura de metal en el interior de su boca. La sonrisa de mi padre era todo menos entrañable. Aun así, el médico jefe se obligó a mirarle:

—Seré claro, así será más fácil. Seis meses, Miklós, le quedan seis meses de vida.

Lindholm cogió una radiografía de la mesa y la puso al trasluz de la ventana:

—Mire. Acérquese.

Mi padre, complaciente, se levantó de un brinco y se inclinó sobre el escritorio. Los delgados dedos de Lindholm recorrieron de cabo a rabo los suaves paisajes de aquella placa:

—Aquí, aquí, aquí y aquí. ¿Lo ve, Miklós? Todo esto es una necrosis de tifus exantemático. ¿Y ve estas manchas? Es su tuberculosis. Daños permanentes. Y, por desgracia, irreversibles. Es terrible tener que decirlo. Para expresarlo de un modo sencillo, la enfermedad... se está engullendo sus pulmones. ¿Existe esta expresión en húngaro, «se está engullendo»?

Miraban la radiografía absortos.

Mi padre se apoyó un poco en el escritorio; la verdad era que no se encontraba muy bien. Pero asintió con la cabeza para indicarle al médico jefe que este se las arreglaba de maravilla en los entresijos del idioma húngaro. «Se está engullendo» era una expresión lo suficientemente gráfica como para sugerir, sin necesidad de recurrir a términos técnicos, un futuro al parecer no muy lejano.

Mi abuelo paterno había tenido una librería en Debrecen antes de la guerra. La tienda quedaba medio escondida en el edificio del Palacio Episcopal, bajo los soportales, en el centro de la ciudad, a solo unos minutos a pie desde la Plaza Mayor. El lugar era conocido como Patio Gambrinus, y el comercio, justamente por ello, se llamó Librería Gambrinus. Constaba de tres estancias estrechas y altas. El padre de mi padre vendía allí también artículos de escritorio, y hasta hacía préstamo de libros. En aquel establecimiento, en la cima de una alta escalera de madera, mi padre había pasado

su adolescencia leyendo toda la literatura universal, y sin duda era capaz de apreciar el poético modo de expresarse de Lindholm.

El médico jefe lo miró en lo más profundo de los ojos.

—Tal y como están las cosas en la actualidad, la ciencia médica dice que usted es insalvable. Tendrá altibajos. Yo estaré siempre a su lado, pero no le quiero engañar. Seis meses. Siete como máximo. Se me encoge el corazón, pero esa es la verdad.

Mi padre se irguió. Seguía sonriendo. Se dejó caer alegremente en el gran sillón. El médico no podía saber con seguridad si se había enterado o no del diagnóstico.

Pero, en aquella época, a mi padre le preocupaban asuntos más importantes que su propia vida.

## 2.

Dos semanas después de esta conversación, a Miklós le permitieron dar paseos cortos por el fantástico jardín del hospital, y ocupó uno de los bancos a la sombra de un árbol gigantesco y frondoso.

Apenas levantaba la vista. Escribía carta tras carta con un lápiz, trazando aquellas impresionantes letras que parecían perlas. Sentado en el banco del jardín, apoyaba las hojas en la tapa dura de una edición en sueco de una novela de Martin Andersen Nexø. Admiraba las ideas políticas de Nexø, así como el coraje taciturno de algunos de los personajes obreros de la novela. Tal vez recordara que aquel gran danés había padecido también tuberculosis y había logrado curarse.

Mi padre escribía con rapidez y, una vez firmadas las cartas, les ponía una piedra encima para que el viento no se las llevara.

Al día siguiente llamó a la puerta del despacho del médico jefe. Esperaba desarmar a Lindholm hablándole con sinceridad. Necesitaba su ayuda.

A esas horas, el médico jefe recibía a sus pacientes sentado en el sofá. Se sentó, pues, en un extremo de su sofá de cuero, y, en el otro, se acomodó mi padre en pijama.

Lindholm, sorprendido, daba vueltas y vueltas a una enorme cantidad de sobres:

—No solemos preguntar a nuestros pacientes con quién mantienen correspondencia ni con qué propósito. Tampoco ahora es la curiosidad la que me mueve...

—Lo sé. De todas formas me gustaría que estuviera informado.

—¿Y dice usted, querido Miklós, que aquí hay ciento diecisiete sobres? Mantiene una extensa correspondencia, le felicito —y Lindholm alzó la mano como si quisiera sopesar el montón de cartas—. Enseguida llamo a la enfermera para que compre los sellos. Y no dude en acudir a mí con toda confianza para cualquier asunto económico.

Mi padre, sin mostrarse en absoluto intimidado, cruzó una sobre otra sus «apijamadas» piernas y esbozó una sonrisa.

—Son todas mujeres.

Lindholm arqueó las cejas:

—¡Vaya!

—Mejor dicho, chicas. Chicas húngaras. De Debrecen o de sus alrededores. Yo también nací allí.

—Comprendo —asintió con la cabeza el médico jefe.

No lo comprendía. No tenía ni idea de qué era lo que pretendía aquel joven con su tropel de cartas, pero se mostró comprensivo; al fin y al cabo estaba charlando con un condenado a muerte.

Mi padre prosiguió con naturalidad:

—Hace dos semanas me informé de qué mujeres de las que ahora están convalecientes en Suecia han nacido en Debrecen o sus alrededores. ¡Que no fueran mayores de treinta años!

—¿En las barracas hospitalarias? ¡Oh!

Ambos sabían que, aparte del hospital de Lärbro, estaban operativos decenas de centros de rehabilitación por todo el país. Mi padre se incorporó un poco más en su asiento. Se sentía sinceramente orgulloso de su estratagema.

—Hay en ellas un sinfín de mujeres. Muchachas. Señoras. ¡Aquí está la lista con los nombres! —del bolsillo de la chaqueta de su pijama sacó un papel y, sonrojado, le tendió aquella elaborada relación de nombres, al lado de los cuales había puesto una cruz, un signo aprobatorio o un pequeño triángulo.

—¡Ya lo comprendo! ¡Está buscando a sus conocidas! ¡Le doy mi apoyo!

—No me entiende —aclaró mi padre, pestañeando al tiempo que sonreía—. Busco una esposa. Me gustaría casarme.

Finalmente lo había soltado. Se recostó, aguardando el impacto.

La frente de Lindholm se llenó de arrugas:

—Parece ser, querido Miklós, que la otra vez no me expresé correctamente.

—Sí, doctor, sí.

—¡Su idioma me ha jugado una mala pasada! Más o menos seis meses. Es lo que le queda. ¿Sabe, Miklós?, para un médico es terrible tener que decir algo así.

—Lo he comprendido perfectamente, doctor.

Era difícil añadir nada, por lo que permanecieron en silencio a ambos lados del sofá.

Pasaron cinco minutos en los que la tensión no dejó de aumentar. El médico jefe Lindholm reflexionaba para sus adentros si le correspondía aleccionar a alguien ya desahuciado, si era tarea suya hacerle ver la lógica de las probabilidades. Y mi padre sopesaba si merecía la pena iniciar a un científico tan experimentado en una visión optimista del mundo. Al final, prefirieron dejarse en paz.

Esa misma tarde Miklós se metió en la cama, tal y como prescribía su tratamiento, y apoyó la espalda en la almohada. Serían las cuatro de la tarde, o sea, la hora de la siesta, y los pacientes debían permanecer en su sala. Muchos dormían, otros jugaban a las cartas, y Harry repetía una y otra vez con su violín, con un ahínco que ponía los nervios de punta, el pasaje más complejo del último movimiento de una sonata romántica.

Mientras tanto, mi padre iba pegando un sello en cada uno de los ciento diecisiete sobres. Lamía, pegaba; lamía, pegaba. Como de vez en cuando se quedaba con la boca seca, bebía del vaso que tenía en la mesilla. Sentía que el sonido del violín de Harry era el acompañamiento musical que su actividad precisaba.

Las ciento diecisiete cartas podrían haber sido copiadas incluso con papel carbón. Solo las diferenciaba una cosa: la